



## VI Sección Reseñas bibliográficas

Ménjivar, Mauricio. *Para escribir la historia. Una invitación*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2015, 45 pp.

*Apuntes de un amigo que responde a la invitación. Sobre el texto Para escribir la historia. Una invitación* de Mauricio Menjivar, por Esteban Rodríguez-Dobles.

Cuando realizamos la presentación del texto en cuestión me tomó por sorpresa las excelentes autocríticas que generosamente nos dio un autor de alta honestidad intelectual, ese que reflexiona sobre su quehacer, que se toma el tiempo de ver por un momento hacia atrás; él mismo reconoció haber recaído en un cierto sesgo producto de los nacionalismos metodológicos como marcos referenciales de su obra de síntesis y no haber valorado los aportes propiamente latinoamericanos a la discusión sobre la historiografía y el quehacer de quienes estudiamos el pasado en esta parte del mundo.

Por lo general, una presentación se desarrolla de manera que todo termine con palmadas en la espalda, no es usual que el autor termine mostrando las debilidades de su trabajo, creo que ahí empezaron para mí las fortalezas del texto, en la transparencia con la que este autor hace las cosas.

También es cierto que ésta presentación fue la razón para que ese día recordara un poco de aquello que había reflexionado en algún momento en torno a los cursos de *Introducción a la Historia* que otorgué en algún momento; les planteaba a mis estudiantes las formas en las cuáles trabajar con los indicios del pasado, las maneras de usar las herramientas metodológicas, de estudiar las fuentes primarias. La historia como ciencia nos restringe a un método que muchas veces busca captar el pasado empíricamente, así es cómo las fuentes es una forma de residuo que deja el paso del tiempo, pequeñas piezas a interpretar.



A veces me pareció que la historia era un enorme rompecabezas (puzzle) extendiéndose infinitamente, en otras ocasiones tenía algo de *espiritista* el entrar en un diálogo con las gentes que han dejado de vivir hace siglos pero que nos han dejado sus trazos, sus folios, los indicios de su existencia, las curvaturas de sus firmas, el trazo duro de los números.

¿En qué consiste la invitación que nos hace Mauricio Menjivar? Precisamente a sumergirnos en este tipo de experiencias que son las que forjan al estudioso de la historia, nos invita a degustar la dulzura y la amargura de los episodios de la historia, nos invita a gozar el privilegio de entablar esos diálogos y preguntas con el pasado.

Esa noche leí un fragmento de una carta maltrecha que había sido estudiada y custodiada por la Universidad de California en la Berkley's Bancroft Library en la que Polion Aurelio, romano, legionario, escribió preocupado en el 214 d.E.C desde lo que hoy sería Budapest, a su familia en Egipto, diciéndoles: "Ore noche y día que se encuentren en buen estado de salud y presto obediencia continua a los dioses en su nombre" De alguna manera, los sentimientos de incertidumbre y preocupación de aquel soldado afloraron 1800 años después en aquel auditorio de jóvenes angustiados por el sentir de un corazón de otra época, quebrantado por la distancia y la enfermedad.

La historia puede generar esta angustia y sorpresa, a veces el pasado puede resultar insólito, inclusive inaceptable, parecieran cosas sacadas de otro mundo, lo episodios de la historia cultural gozan de una profusión de evidencia, situaciones y personajes que pueden parecernos coloridos como Menocchio; o el exorcista de masas que recorre el Piamonte; o San Guinefort el perro milagroso, o los centauros pintados por nativos americanos en la Iglesia colonial de Ixmiquilpan. En la historia



de la humanidad, la colindancia de lo mejor y de lo peor, de la abundancia y la carencia, de lo honorable y las más bajas traiciones, se agolpan en el relato de la historia de la humanidad.

Por ello la invitación, que nos hace Menjivar es a escribir sobre manifestaciones tan contrarias y coexistentes. Valga señalar que para hacerlo el historiador debe considerar tres cosas: en este afán por *llegar a la gente* el historiador es una suerte de traductor entre el presente y el pasado al servicio de la sociedad contemporánea. Segundo, es un *Intérprete de los indicios* del pasado para explicar el presente, que entiende *el futuro del pasado* y comprende un presente en constante movimiento. Y por último, quien estudia el pasado *debe querer* ser intérprete de los indicios o huellas que forjó el pasado, como una función social entre otras. Sin lo anterior no se puede aceptar la invitación del autor.

Sumado a ello, hay otros tres requisitos que agregaría solo por claridad, y que el lector conozca las implicaciones metodológicas que tiene aceptar la invitación, digamos que se les podría identificar como axiomas para la producción de conocimiento histórico académico:

- ▶ La significación temporal de objetos, procesos o personajes (oposición al anacronismo).
- ▶ Verificabilidad de las pruebas materiales (fuentes).
- ▶ Principio del desarrollo inmanente (establecimiento de causas).

Avanzo y dejo en claro la importancia de la rigurosidad con que trabaja el estudioso de la historia. Pues la verdad clama en sus escritos, exige a los historiadores superar los imprecisos recuerdos de la memoria colectiva. Y por ello, puede ser una experiencia de intensidades avasalladoras, particularmente para el historiador contemporáneo es complicado mirar en su pasado reciente, documentación teñida por la sangre de guerras de guerrillas, dictaduras,



instituciones castrenses y las marcas que han dejado la corrupción y el narcotráfico no pintan para nada un pasado en el que la gente de hoy se quiera ver reflejada.

La invitación es ciertamente comprometedor para con los estudiosos de Latinoamérica Centroamérica y el Caribe. No es sencillo repasar los procesos sin voltear la mirada ante las memorias de la violencia, ante la antropología de la violencia y las imágenes que legó la desigualdad, las imágenes que ha construido la muerte como un morboso espectáculo mediático.

¿Es posible cambiar el rumbo de la historia desde la escritura de la misma? ¿Podrá tener alguna vez el conocimiento histórico el potencial de generar una revolución de la imaginación? ¿Cómo ser partícipes responsables de nuestro presente? Son el tipo de preguntas que retrotraigo cuando leo textos historiográficos como el de Menjivar.

Quisiera que desde el potencial que han encerrado las letras a lo largo de los siglos, aún la historia guarde el poder de hablar en nombre del futuro, considero que escribir para la gente del siglo XXI nos obliga a una reflexión sobre nuestro lugar en el mundo como especie.

Finalmente la recomendación a quien se inicia en el estudio de la historia, a leer éste pequeño texto que les incitará a completarlo, como un rompecabezas que descansa inconcluso sobre la mesa.

Esteban Rodríguez D.

Universidad de Costa Rica

